

GIL FERNÁNDEZ, LUÍS, *Estudios de humanismo y tradición clásica*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1984, 370 págs.

Después de *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, un voluminoso estudio de 753 páginas que fue publicado en 1981 por la editorial Alhambra de Madrid y que suscitó mucho interés y alguna polémica entre los estudiosos de la materia, Luis Gil, brillante catedrático de Filología Griega en la Universidad Complutense, reúne ahora en un interesante volumen trece ensayos que, escritos en general durante la preparación de la monografía citada, habían visto la luz entre 1974 y 1983 en muy variadas revistas especializadas de difícil acceso para la mayoría de los lectores. Precisamente por esto su actual recopilación es muy bienvenida, y lo es aún más en tanto que la distribución de los artículos en cuatro amplias secciones ("El ambiente", "Tradición clásica", "El individuo" y "Opúsculos del deán Martí") garantiza una ordenada visión de los temas tratados que van de lo más general a lo más particular. En efecto, en los primeros ensayos se aprecia sobre todo el trasfondo histórico-social de los estudios humanísticos relacionados con las culturas de Grecia y Roma y con sus lenguas, y después se investigan muy específicas figuras de estudiosos, algunas de ellas hasta hoy desconocidas, o bien aspectos poco atendidos de la producción de famosos humanistas, como por ejemplo Antonio de Nebrija, o en fin obras inéditas.

Pese al origen diverso de los ensayos que componen este volumen, la obra tiene una unidad real. En primer lugar, por el método filológico seguido por Luis Gil en el análisis de la documentación literaria que sirve de base a sus estudios y por el interés sociológico que anima a nuestro autor y que le impide fragmentar y absolutizar sus juicios en la esfera de lo específico individual, impulsándolo más bien a insertarlos en el contexto general de la cultura humanística española, caracterizada por un determinado desarrollo de la historia, de la economía y de la sociedad en general. En segundo lugar, la unidad del conjunto está asegurada por los oportunos retoques que el autor consideró indispensable aportar a las notas y a las citas de los artículos originales, unificándolas bajo un mismo patrón, así como a los textos mismos, aligerándolos de aquello que, en una visión sinóptica, aparecía inútilmente reiterativo.

La primera sección del libro, constituida por tres artículos, y en particular el primero de ellos, intitulado "Apuntamientos para un análisis sociológico del humanismo español", presenta las coor-

denadas del método de análisis sociológico que estarán siempre presentes en los demás estudios que componen el volumen (al lado, en su caso, del método de análisis propiamente filológico), así como los resultados más importantes de su aplicación al ambiente histórico y cultural de España —limitados al campo del humanismo clásico— desde el siglo xvi hasta las postrimerías del xviii. En el primer artículo, que apareció anticipando los resultados generales del libro citado, *Panorama social*, Luis Gil se apoya para su propio análisis interpretativo en dos estudios de sociología de la cultura: uno de J. A. Maravall sobre la Edad Media y otro de A. von Martin sobre el Renacimiento. Maravall había puesto en evidencia, en la sociedad estática y estratificada de la Edad Media, el predominio de una concepción también estática y conformista del saber, apreciado por su utilidad práctica y por su carácter moralizante. A. von Martin, por su parte, había señalado las conexiones entre el nacimiento de una gran burguesía capitalista en Italia y en buena parte de Europa y el desarrollo del humanismo, laico, cívico, que buscaba en las raíces clásicas nuevos valores en los cuales sustentar un nuevo modo de concebir la vida, abierto, crítico y transformador. El humanismo venía a ser, de este modo, el artífice del marco cultural indispensable para dar autoridad intelectual, ante la opinión pública, a los económicamente poderosos. En España, empero —señala Luis Gil—, durante los siglos xvi y xvii había una sociedad estática y rígidamente estamental, de corte medieval, donde la burguesía naciente fue pronto golpeada y se arrimó a la realeza, asumiendo los valores (y los títulos!) de la nobleza conservadora: el honor, las virtudes bélicas y la posesión de la tierra. El saber no constituía un factor de movilidad social, con excepción del saber jurídico-teológico de tradición medieval, que servía a la corona, y los humanistas no eran útiles a nadie, antes bien, aparecían peligrosos, por su potencial carga crítica, tanto al rey con su autoridad centralizadora, como a la Iglesia con sus textos sagrados, a los que ésta quería preservar de toda eventual contaminación protestante (como parecía darse en Valladolid y Sevilla). De este ambiente de los siglos xvi-xviii nuestro autor extrae, entonces, una serie nutrida de testimonios de distinta naturaleza que le permiten llegar a la conclusión de que no existían “los presupuestos necesarios para el desarrollo en nuestro país de un movimiento cultural parecido a lo que fue en otras latitudes el humanismo renacentista, proseguido por la gran filología del siglo xvii y los albores de la *Allertumsweisenschaft* a finales del xviii” (p. 41). La variedad y la distinta procedencia de los testimonios ofrecidos, que se distribuyen a lo

largo de casi todo el artículo (cf. pp. 24-39), no permiten otra interpretación general. De entre ellos recordamos aquí la implantación del libro de texto único para la enseñanza del latín —la *Gramática* de Antonio de Nebrija— durante los siglos xvi a xviii, con sus oscuras rimas latinas de signo típicamente medieval; el privilegio gozado en las Universidades, y en la sociedad en su conjunto, por las *severiores disciplinae* de tradición medieval (derecho y teología) frente a las *literarum amoenitates*, inútilmente defendidas por ilustrados humanistas; y la supresión oficial, entre 1559 y 1623, de toda ósmosis con el entorno cultural europeo, amén de la limitación de una circulación interna de corrientes humanísticas, que afectó seriamente el futuro de los *studia humanitatis* en España. A estos signos negativos se suman la lucha emprendida en el mismo periodo contra el libro y las empresas editoriales y el descrédito generalizado de la lectura y la cultura que es atestiguado en la comedia popular del siglo xvii, definida por Gil como un “formidable vehículo difusor de la ideología dominante”, y en tópicos tales como “la letra mata”, “los clásicos corrompen” y “la ciencia levanta y ensoberbece al hombre”.

De este panorama general en tonos grises y deprimentes se desprenden, en los dos artículos que siguen en el libro de L. Gil, dos aspectos particulares que obscurecen aún más aquellos tonos. En el primero de estos artículos, “Gramáticos, humanistas, dómynes” (pp. 41-65), relativo a las condiciones sociales y económicas del gramático conocedor de las lenguas latina y griega, el lector puede seguir la trayectoria descendiente de este originario y potencial humanista español que, acorralado y de múltiples formas limitado¹ en las cátedras de retórica, latín y griego en las Universidades y por falta de academias literarias laicas que reconocieran y estimularan su labor, por lo común termina por desempeñar el oficio pésimamente retribuido y muy desprestigiado de preceptor sumiso de los jóvenes nobles, llamado también “dómine”, o incluso de humilde maestro de primeras letras. Vanos debían resultar los esfuerzos de estos literatos, sobre todo a principio del siglo xv, por dignificar sus conocimientos y los ideales del humanismo, frente a los conocimientos prácticos de derecho y teología de los “letrados” al servicio de la corona; y reducido, en fin, a los mínimos términos su campo de trabajo de la enseñanza del latín frente a los privile-

¹ También en el aspecto económico. Por ejemplo, en 1510 el regente de la cátedra de griego percibía una cantidad anual de 13,500 maravedís, frente al sueldo de 17,750 recibido por una lavandera o de 13,250 maravedís con que se retribuían los oficios de un escribano.

gios conseguidos en este ámbito por los jesuitas y mantenidos por ellos desde 1623 hasta 1767, año de su expulsión de España.

En el tercer artículo del libro que nos ocupa (pp. 67-92) L. Gil analiza la política educativa y didáctica de las lenguas clásicas en España, del Renacimiento a la Ilustración, que explica, según nuestro autor, la proverbial *styli tarditas* de los españoles para expresarse en buen latín. La incidencia del dirigismo estatal en la enseñanza y en la pedagogía de las lenguas clásicas, primero, y luego, las limitaciones del ideario pedagógico de los jesuitas (excesivo formalismo, el latín concebido como una lengua viva, espíritu moralizante anti-humanístico) representaron, a juicio de Gil, un bloqueo generalizado al aprendizaje de la lengua latina en sus fuentes originales y al libre ejercicio de la crítica filológica, con muy contadas excepciones. Muy significativas, al respecto, resultan las páginas 85-86, dedicadas a reseñar el procedimiento reglamentario de la enseñanza del latín, donde el ejercicio de la traducción al español ocupaba el último lugar, después de un muy largo —excesivamente largo— estudio de reglas gramaticales y de ejercicios de aplicación de estas últimas en traducciones al latín (las famosas “platiquillas”); procedimiento que, en general, siguió vigente en España hasta tiempos recientes y en México, por ejemplo, podríamos decir que hasta la actualidad. En efecto, aquel “sano principio pedagógico de que la enseñanza de la gramática debe hacerse sobre la marcha de la traducción”, que algunos ilustrados de la segunda mitad del siglo XVIII propusieron sin éxito y que Gil considera, con toda razón, el mejor para estudiar una lengua clásica, pudo sentarse en España sólo en el presente siglo, con el resultado, empero, de que las nuevas generaciones de filólogos clásicos allí pudieron alcanzar pronto un reconocimiento internacional.

La segunda sección del volumen se abre con un artículo intitulado “Terencio en España: Del medievo a la ilustración” (pp. 95-125), que se originó como conferencia y que reseña la fortuna del comediógrafo latino en la península ibérica, considerado en un principio como simple filósofo y sabio y reconocido como autor dramático sólo a partir del siglo XV. Terencio fue bien conocido en España, como lo demuestran su influencia en la literatura de los siglos XVI y XVII y las numerosas ediciones de sus obras hasta la tercera década de ese último siglo y luego, nuevamente, durante el reinado del Carlos III; pero fue desterrado de las escuelas jesuíticas por ser considerado un autor inmoral y por no escribir en buen estilo latino (!), y no gozó nunca de mucho crédito en el ámbito del teatro que vio florecer, en los colegios, las “edificantes” representaciones jesuíticas, y entre el pueblo, la gran producción

teatral del Siglo de Oro, que buscó su propio camino independientemente de los preceptos y de los modelos clásicos.

En el siguiente ensayo, "Una labor de equipo: La *Editio Matritensis* de Juan Ginés de Sepúlveda" (pp. 127-162), el autor analiza en detalle esta empresa acometida por la Real Academia de la Historia, por encargo del rey Carlos III, entre 1777 y 1781. Tal empresa es, a un tiempo, reflejo de la apertura cultural promovida por el monarca, testimonio de un espíritu de colaboración hasta entonces poco frecuente por intensidad y amplitud entre hombres doctos, miembros de la nobleza, simples particulares e institutos culturales y religiosos, y prueba de un interés científico encomiable, demostrado por los académicos editores en el campo de la filología. El artículo, a su vez, al exponer las diversas fases de aquel trabajo editorial y al presentar, en apéndice, la transcripción de una serie de documentos originales (cartas y actas de las sesiones de trabajo de los académicos), constituye una prueba excelente de la peculiar labor filológica de Luis Gil, quien logra dar nueva vida a sus fuentes documentales gracias a la humana simpatía que lo anima y a su aguda inteligencia interpretativa que sabe reconstruir con vivacidad ambientes, intereses y pasiones de otros tiempos.

La tercera sección del libro comprende cuatro artículos dedicados a otras tantas figuras de humanistas españoles. El primero, "Nebrija y el menester del gramático" (pp. 165-179), considera en particular el interés del Nebrijense por la fonología y la correcta grafía del latín, y su lucha al fin perdida por debelar la barbarie de juristas, teólogos y médicos en el uso de esa lengua. Muy interesantes resultan, para los estudiosos del neo-latín, los datos que Luis Gil extrae de dos trabajos académicos de Nebrija (la *Repetitio secunda* de 1486 y el *De vi ac potestate litterarum* de 1503), que le permiten reconstruir la pronunciación escolar del latín en esa época (pp. 174-177).

Tanto en este ensayo como en los tres que siguen, Gil entreteje los datos biográficos de los autores tratados y los comentarios sobre su producción con aquellos relativos al entorno social y cultural, asegurando una lectura ágil e interesante y confirmando, al mismo tiempo, los juicios expresados en los primeros ensayos del volumen sobre la pobreza del humanismo clásico español. En efecto, si hubo buenos humanistas en España, como estos helenistas del siglo XVIII que Gil rescata ahora del olvido, su producción quedó en general manuscrita, o si fue impresa en escasos ejemplares no volvió a editarse en mucho tiempo, porque su actividad no fue oportunamente estimulada ni su esfuerzo científico debidamente apreciado como tal. El resultado fue que esa producción no pudo contribuir

a la formación de un discurso y un debate científicos abiertos dentro de una comunidad de estudios, dispersa en cátedras universitarias y en bibliotecas, que existía en el nivel de la formalidad académica, pero que no se manifestaba en el plano de la ciencia; un discurso y un debate científicos que permitieran afinar los instrumentos de la disciplina filológica y crear otros nuevos, como había ocurrido y ocurría en los demás países europeos. Es éste el caso, por ejemplo, de Antonio Martínez de Quesada (1718-1751), fámulo de la biblioteca alfonsina de Alcalá¹ y autor, entre otras cosas, de un extenso comentario de la *Teogonía* de Hesíodo (de 208 páginas manuscritas), de un esbozo para un tratado sobre los dioses antiguos (*Libellus de Diis moralibus ad humanas affectiones pertinentibus*), que enlista a 223 divinidades, y de disertaciones sobre *Antiquis Hispanorum diis*. En el amplio ensayo dedicado a este autor (pp. 181-232), como “homenaje y desagravio [...] para cuantos se empeñaron en cultivar unos estudios que en nuestro país no acaban nunca por tomar carta de naturaleza” y “murieron de hambre y de aflicción de espíritu, como buenos sabios españoles” (p. 232), Luis Gil, quien deja a otros la tarea de editar las obras de Quesada, comenta empero detenidamente su contenido, dando razón de las secciones que las componen y del método, tanto filológico como hermenéutico, seguido en ellas. Tenía Quesada un buen conocimiento del griego y un excelente manejo de las fuentes antiguas y de la bibliografía para entonces accesible; poco interesado en discutir las variantes de los manuscritos y de las ediciones de Hesíodo, el recién descubierto filólogo de Alcalá se dedicó fundamentalmente al estudio e ilustración de los *realia*. Por lo que toca a su método hermenéutico, basado en las etimologías, “Quesada se encuadra dentro de una larga tradición de interpretación alegórica de los poetas” (p. 219) y por ello el actual rescate de su producción llega “ya demasiado tarde para que dé los frutos que en su sazón hubiera dado” (p. 232). Si hubiese circulado en su tiempo, si hubiese habido una real comunidad científica que la acogiera y la discutiera, la obra de Quesada sin duda habría contribuido mucho a la ciencia filológica en España.

El estudio intitulado “Jacinto Díaz Miranda, colegial de San

¹ Simple fámulo, y no primer bibliotecario y maestro de retórica, griego y hebreo, como aparece en el título del volumen manuscrito que contiene sus obras.

Las investigaciones realizadas por L. Gil en torno a la vida de Quesada, que lo llevaron a corregir en el sentido señalado el *status* de este autor (pp. 181-186), me parecen ejemplares para los jóvenes filólogos de México interesados en la literatura mexicana en latín, quienes deben trabajar a menudo sobre figuras muy poco conocidas o desconocidas, como Quesada.

Clemente y traductor de Marco Aurelio" (pp. 233-250), al mismo tiempo que presenta, por primera vez, una reconstrucción acuciosa y vivaz de la vida de este helenista formado en Bolonia, amigo del célebre hombre político y humanista conde de Campomanes, a quien ignoraron olímpicamente tanto Menéndez Pelayo en su *Biblioteca de traductores españoles* como Legrand en su *Bibliographie hispano-grecque*, reivindica también el derecho a la memoria científica de "una de las producciones más dignas del helenismo español dieciochesco". Fue ésta la primera traducción de los *Soliloquios* de Marco Aurelio en lengua castellana, que apareció en 1785 acompañada del texto griego "correctamente impreso en bellos caracteres", con un prólogo filosófico, un estudio biográfico y abundantes notas de crítica textual y de *realia* (referidos también a la época contemporánea del traductor), y que luego fue reeditada en 1885 (en la Biblioteca Económica Filosófica) y en 1915 (en el tomo de *Moralistas griegos* de la Biblioteca Clásica) "desnuda de toda gala erudita" y sin siquiera una breve noticia sobre el autor de la traducción. Una excelente labor filológica (de la que Gil señala las principales características en la página 249, acompañándolas de oportunos ejemplos en nota) se había de este modo perdido, quedando sin cumplimiento el ilustrado deseo del autor, al publicar su trabajo, "de excitar en la juventud la afición al estudio e inteligencia de la lengua griega, como tan necesaria al conocimiento y progreso de las ciencias".

La última sección del libro está dedicada íntegramente al docto humanista Manuel Martí de Zaragoza (1663-1737). En ella se reúnen cuatro artículos publicados por L. Gil entre 1976 y 1978, en los que nuestro autor editó por primera vez algunos escritos del célebre deán de Alicante, con una oportuna y exhaustiva introducción para cada uno y con notas al texto de distinta naturaleza (observaciones críticas, aclaraciones bibliográficas, actualización informativa, etcétera). La lectura de estos artículos, tanto por los escritos mismos de Martí como por la erudita guía de L. Gil, nos documenta ampliamente sobre el carácter del deán alicantino, sobre sus intensos estudios y su obra, sobre el ambiente en que se movió, en Italia y en España, y sobre sus sobresalientes cualidades de filólogo: agudeza crítica, gran erudición y un respeto por la tradición de estudios filológicos, que no es ni sumiso ni absoluto, sino libremente crítico.

El primer artículo (pp. 265-314) nos da a conocer los *Apuntes autobiográficos* inéditos de Martí, escritos en buena prosa castellana, que sirvieron de base a Mayáns y Siscar para su biografía en latín del deán de Alicante, y en los que este último se presenta

como quiere ser recordado por la posteridad, esto es, como un hombre de ciencia amantísimo de los libros y de los monumentos antiguos. En efecto, a través de sus páginas revivimos su deambular por librerías y por sitios arqueológicos, sus actividades en las numerosas academias romanas (entre otras, la famosa Academia de la Arcadia), sus largas permanencias en las bibliotecas, su feliz descubrimiento de manuscritos griegos (p. 297) y, en fin, su afán reiterado y manifiesto por salirse de España, definida por él “páramo y terreno enemigo de letras” (p. 285, § 9). Así, el filólogo clásico que se interese en particular por los textos de Martí editados en los tres artículos siguientes, tiene en éste que acabamos de presentar una magnífica y atrayente introducción al hombre mismo y a su ambiente, confirmándose una vez más la presencia de aquel interés de Luis Gil, que señalamos desde el principio, por ofrecer una visión sociológica de la cultura humanística en España.

El ensayo intitulado “*Notae in Theocritum*” (pp. 315-346) es una verdadera delicia para cualquier filólogo clásico y una lectura obligada para los futuros editores de los idilios teocriteos, que ya cuentan por cierto con la monumental edición de A. S. F. Gow, y para quienes desean trabajar sobre una historia de los estudios clásicos en España. La introducción de L. Gil, filólogo él mismo, es guía imprescindible —clara, ordenada y sensible como pocas— para la lectura de estas 55 notas filológicas del joven Martí (tenía 29 años), que él redactó en Roma en sus ratos libres para un simple uso personal. Ya hablamos de las dotes filológicas de Martí. Bástenos aquí presentar unos cuantos botones de muestra de su buen sentido común y acumen crítico y también, por qué no, de su violenta ironía y agresividad respecto de los errores ajenos. Del helenista francés Jacques de Paulmier, que en el siglo xvii, en un comentario a Teócrito, había propuesto para el verso 95 del Idilio II la conjetura $\tau\iota\ \mu\acute{\alpha}\kappa\omicron\varsigma$ en lugar del $\tau\iota\ \mu\acute{\alpha}\chi\omicron\varsigma$ de los mss. (que Martí juzgaba correcta y que traducía por *aliquod consilium*), nuestro deán escribe: “correctio Palmeriana ridicula est et putida ac hieme Gallica frigidior” (nota 2, p. 323). En la Nota 9 al *Idilio* I, 19 corrige bien el texto impreso $\acute{\alpha}\lambda\gamma\epsilon\alpha\ \epsilon\acute{\iota}\delta\epsilon\varsigma$ en $\acute{\alpha}\lambda\gamma\epsilon\acute{\alpha}\epsilon\acute{\iota}\delta\epsilon\varsigma$, acorde con el contexto; en la 16 (*Idyll.* III, 27) propone corregir, siempre guiándose por el contexto que ampliamente comenta, $\kappa\alpha\acute{\iota}\ \kappa\alpha\ \mu\acute{\alpha}\ \rho\omicron\theta\acute{\alpha}\nu\omega$ en $\kappa\alpha\acute{\iota}\ \kappa\alpha\ \pi\acute{\alpha}\ [\zeta\text{no será tal vez } \pi\acute{\alpha}\zeta?]\ \rho\omicron\theta\acute{\alpha}\nu\omega$ (*et si qua ratione peream*), siendo que también los modernos editores corrigen el $\mu\acute{\eta}$ de los mss. en $\delta\eta$. Análogamente, en la Nota 25 (*Idyll.* V, 109) Martí propone la lectura $\acute{\alpha}\beta\rho\alpha\acute{\iota}$ (*tenerae*) en lugar del corrupto $\acute{\alpha}\beta\alpha\iota$ de la edición por él consultada, que también L. Gil parece preferir a $\acute{\alpha}\nu\alpha\iota$ (“secas”), impreso en ediciones recientes. De igual modo sugestivas son las conjeturas $\acute{\alpha}\acute{\iota}\sigma\sigma\epsilon\iota$ (“salta”) por $\acute{\alpha}\epsilon\acute{\iota}\delta\epsilon\iota$ (“canta”) de

los mss. y de las modernas ediciones, ya que el verbo se refiere a las piedritas que en el camino toca el zapato (Nota 35 a VII, 26), y τὸν μικρὸν (sc. λόγον) (*ne breve quidem verbum*) en lugar de τὸν πικρὸν (*verbum amarum*) de mss. y editores (Nota 47 a VIII, 74).

Otro pequeño escrito de Martí —*Animadversiones in Homerum*—, que de haberse publicado en su tiempo o de haber circulado con oportunidad habría enriquecido sin duda desde entonces la problemática interpretativa de los poemas homéricos, es el que L. Gil editó en el homónimo artículo que aparece en las pp. 346-361 del presente volumen. Fruto de madurez del deán de Alicante, quien lo redactó tal vez en 1708-09, contrasta vivamente con las juveniles notas teocriteas. Allí había pura crítica textual y erudito amor por el detalle; aquí tenemos, en cambio, una serie de observaciones “de carácter propedéutico a la lectura de los poemas homéricos” que manifiestan amplitud de visión y de juicio crítico y experiencia de la vida. La siguiente valga como muestra: “Principes et optimates expressit [sc. Homerus] non quales exhibentur populo, sed quales revera sunt, cogitationesque ac consilia iis tribuit, quae revera in mente volvunt ac secum communicant, non quae populo ostendant. Intimam enim naturam illorum voluit aperire: unde falluntur qui aliquid indecore ab eo expressum volunt” (Nº II, pp. 357-8). El interés que suscitan estas notas de Martí es incrementado por la breve y muy orientadora introducción de L. Gil. En ella nuestro autor ilustra con claridad y rigor su método de acercamiento al escrito martiniano, con el fin de comprenderlo en su justo valor; pone de relieve los puntos en los que Martí se adelanta a las modernas interpretaciones sobre la epopeya homérica; y señala en fin, con acumen, el espíritu “ilustrado” (y yo diría que también “maquiavélico”) del deán, que parece reflejar en los héroes homéricos a los reyes y príncipes contemporáneos suyos, movidos únicamente por su *voluptas* y *utilitas*, y que parece admirar las instituciones “democráticas” de gobierno (por lo que condenaría tal vez “las formas autocráticas que revestía la institución monárquica en su época”, como sugiere Gil en la p. 355).

El último breve artículo de nuestro volumen (pp. 363-370) consigna una epístola inédita de Martí al joven Mayáns y Siscar (no recogida por Mestre en su edición del epistolario de Mayáns y a la que Gil enumera como 51b), donde el deán parece querer deslumbrar al discípulo con su erudición sobre temas clásicos, para promover en él un espíritu de constante superación en el estudio.

Confío en que esta reseña, ya demasiado amplia, haya mostrado suficientemente los méritos del presente volumen de Luis Gil

—copioso en materiales y en métodos de acercamiento a los objetos de estudio y de interpretación de los mismos, generoso y crítico a la vez— y me doy por satisfecha si estimula, en particular a nuestros filólogos interesados en la producción neo-latina en México, a una lectura reflexiva sobre él para aprender el acervo de experiencias que contiene; experiencias de un buen filólogo clásico que sobre su objeto de estudio logra proyectar, sin por ello distorsionarlo, las inquietudes y las reflexiones que lo caracterizan como hombre de su tiempo.

Un solo defecto quisiera señalar en el volumen: la ausencia de un buen índice de nombres y materias que podría incluirse fácilmente en una segunda edición.

Paola VIANELLO DE CÓRDOVA

GARIN, Eugenio, *L' educazione in Europa 1400-1600 Problemi e programmi*, Roma, Editori Laterza, 1976.

El libro de Eugenio Garin, *L' educazione in Europa 1400-1600. Problemi e programmi*, se publicó hace diez años en Italia. Podríamos decir que va dirigido principalmente a pedagogos y humanistas; sin embargo, pensamos que interesa al hombre en general, ya que Garin toca un punto esencial en la formación del ser humano: la libertad (libertad de enseñanza, de aprendizaje, de expresión). Este libro es aún desconocido en México; por esta razón nos parece útil hacer la reseña, aunque no sea una publicación reciente.

Actualmente vemos relegadas las Humanidades y con ellas la enseñanza del griego y el latín, instrumentos indispensables para penetrar en el Mundo Clásico, modelo humano por excelencia. Se discute la importancia y la utilidad de conocer a personas y hechos pertenecientes al pasado, anteponiendo como signo de nuestro siglo la ciencia y la tecnología, olvidando que ambas nacieron en la antigüedad.

Esta crisis de la educación humanística es lo que mueve a Garin para hacer el análisis de las transformaciones que ha tenido la enseñanza del latín a lo largo de tres siglos, situando en ellos el origen de las actuales discusiones.

La obra consta de ocho capítulos y su contenido es el siguiente:

En el primer capítulo, titulado *Algunos caracteres de la educación medieval*, muestra: